

La estrategia del Sujeto en Jacques Lacan
(cruce epistemológico, filosófico -clínico)

The strategy of the subject in Jacques Lacan
(epistemological crossroads – philosophical -clinical)

Autor: Pablo C. Picco - ppicco@yahoo.com

Resumen

El siguiente trabajo se propone una lectura de lo que para nosotros se presenta como una construcción estratégica en la obra de Jacques Lacan. La estrategia puede leerse como la utilización de recursos filosóficos para dar cuenta de las modificaciones que le va haciendo sufrir a su construcción-sujeto (recursos que Freud siempre evitó). Estrategia que a su vez no descuida algunas relaciones con el discurso de la ciencia, por ejemplo que el sujeto surgido de la lógica significante sea el efecto de un sistema formal; y que no obstante, siempre tiene un horizonte de ser un sujeto pensado para ser abordado en términos clínicos.

Palabras clave: Sujeto – Lógica del Significante – Cógito - Topología

Abstract

The following work propounds a reading of what is presented to us as a strategic construction on the work of Jacques Lacan. The strategy can be read as the use of philosophical resources to account for the changes he had been causing to its construction - subject (resources that Freud always avoided) . Strategy which in turn, does not neglect some relationships with the discourse of science, such that the subject emerged from the significant logic is an effect of a formal system; and yet always it has a horizon of being a subject intended to be addressed in clinical terms.

Keywords: Subject – Significant Logic – Cogito - Topology

Introducción

Se puede abordar como una cuestión de método, como una construcción –bajo la impronta de una búsqueda teórica- , como una organización –que se fue modificando-, como un interés de buscar amparo en alguna epistemología, como una referencia técnica –en un sentido clínico.

Al Sujeto Lacaniano va a haber que distinguirlo trabajosamente de muchos otros, la mayoría ligados a la historia de la filosofía, algún otro ligado a la psicopatología; pero fundamentalmente hay que aprender a diferenciarlo de los postulados freudianos, ya que Lacan mismo contribuye a la extendida creencia de situar a Lacan en continuidad con Freud en el mentado “retorno a Freud”, aunque *abordando su proyecto del revés*[1] (señalamiento que para nosotros ordena la lectura, pero que no suele ser tenido muy en cuenta cuando se acostumbra situar a Lacan en la línea freudiana). En nuestro caso, encontramos más interrupciones, o *shibboleths*, entre uno y otro, que consonancias.

Vamos a intentar marcar algunas claves de lo que consideramos es concerniente al sujeto (que para empezar es una categoría que Freud rara vez utiliza). En Lacan, esto representó en definitiva un pasaje explícito del discurso del análisis por el discurso filosófico, pasaje que el mismo Freud, por mucho que lo haya evocado o indicado implícitamente, jamás lo practicó como tal. Ni mucho menos fue un eje de su edificio teórico. Lacan, en cambio no cesó de hacer de él uno de los pivotes de su construcción.

Ya su “yo-especular”, desde los primeros pasos del estadio del espejo (referencia sustancial de **la alteridad** fundante e imprescindible en Lacan), no cuadraba mucho con el “yo” freudiano que hunde sus raíces en el narcisismo primario y en el sistema de la percepción.

1-Referencias sobre la que se fue apoyando la construcción:

Desde luego que hay que buscar el comienzo del sujeto lacaniano en los postulados del estadio del espejo presentado por primera vez en 1936, que se origina como una metáfora de la formación del yo; y que fue corregido, aumentado y modificado en sucesivas ocasiones a través de los años.

En 1960 le da forma definitiva al “grafo del deseo”, lo que se puede considerar un intento de reagrupar y articular los avances realizados hasta el momento. El objeto del estadio del espejo ya se vuelve imprescindible de diferenciar del sujeto. En el

“grafo” el sujeto encuentra muchas de sus determinaciones y sus lazos constitutivos con la escritura del fantasma y de la pulsión.

El sujeto **aparece desde el inicio ligado a la palabra y al lenguaje**, aunque esto no lo acorrala en una definición tan implacable, puesto que, lo que lo constituye como tal, es su posibilidad de mentir en la relación que mantiene con otro sujeto.

A su vez, la cuestión del sujeto mentiroso que tiene su origen en la intersubjetividad plantea una versión bastante clásica por otra parte, que es la del sujeto como instancia de “verdad”, una verdad que no puede escapar a sus acólitos de siempre: la mentira y el engaño. En esta primera instauración del sujeto en relación a la palabra y al lenguaje, lo remite a que la forma bajo la cual el lenguaje se expresa, define por ella misma la subjetividad. Se refiere así al discurso del otro. Esto genera una dialéctica de la cual Lacan hará una fórmula: **El lenguaje humano constituiría pues una comunicación donde el emisor recibe del receptor su propio mensaje bajo una forma invertida.**

En la base de la subjetividad coloca entonces la intersubjetividad, que si bien anteriormente aparecía en el registro del espejo bajo la forma imaginaria, ahora la coloca ya en términos de lenguaje bajo la forma simbólica.

Se puede leer el zócalo hegeliano. En la referencia de la intersubjetividad se juega un avasallamiento del significante en el que se presenta por un instante la dialéctica hegeliana. También se perciben los préstamos hegelianos en la figura del Otro con mayúscula, con la que Lacan designará el “tesoro de los significantes”.

La noción de **discurso** se va tornando fundamental. Tenemos el registro del sujeto, de la palabra y de la alteridad. A partir del significante, deberá hacer surgir lo heterogéneo y la alteridad, que darán consistencia a los conflictos necesarios, y constitutivos para la economía psíquica. De aquí la cuestión de la diferencia pura, que nada debe a ninguna propiedad porque es anterior a ellas, que es lo que Lacan resume bajo el nombre de **Otro** (también aparece la referencia al “discurso del Otro”, a partir del cual el sujeto se constituye). Esto trata de dar a entender que hay que vérselas con un otro que no es lo dual de lo mismo, que no es su límite, ni su opuesto, ni uno de sus casos particulares. O sea que el Otro, en este movimiento, deja de ser él mismo un sujeto... lo cual permite velar su incompletud (porque hasta 1959, al no ser más que otro en tanto semejante se encuentra desprovisto de lo que se espera que garantice, que es la evitación el deslizamiento perpetuo de la significación del sujeto) Que haya Otro –

con mayúscula- es lo que autoriza a plantear un significante y otro, mientras que, en tanto significantes, están por fuera de lo semejante y lo desemejante. Lo fundamental es que haya alguna diferencia que preceda a las propiedades. El Otro es de aquí en más el garante (a la manera del Dios): si no se pudiese considerar que hay Otro, entonces “ello” no hablaría. Pero ello habla: “...encontramos la noción de que más allá del pequeño otro imaginario, *debemos admitir la existencia de otro Otro*. No nos satisface tan sólo porque le otorgamos una “a” mayúscula, sino porque lo situamos como *el correlato necesario de la palabra*”. [2] (el subrayado es mío).

Estamos aquí bordeando el mito lacaniano, al aproximarnos a los orígenes Lacan lanza su axioma: “*Esta es mi suposición, y a partir del momento en que hablo desde el punto de vista genético, no tengo por qué justificarla en la experiencia. Es estructuralmente necesario postular una etapa primitiva en la cual aparecen en el mundo significantes en cuanto tales.*” [3]

Más aún, a la hora de situar de dónde proviene ese “puro significante” que es lo que permite en el sujeto la apropiación de la palabra, vemos como en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” [4] Lacan se ocupa de señalar que nos viene de la religión. Que es a través de la religión que nos enseñó a invocar, mediante la voz, ese significante fundamental que llama “Nombre-del-Padre” como adviene lo que en nuestro campo funda la posibilidad del sujeto hablante.

Aunque no esclarece de qué religión, podemos deducir que no se trata siempre de la misma, ya que dios se revela en el Nuevo Testamento como padre de un hijo único, Jesús. Jesús es la manifestación viva de dios, y actúa en nombre del padre. Esto condice con la doctrina del hijo que *es engendrado* y no creado por dios, distinto a Adán que fue creado de la nada. La muerte de Jesús le proporciona la posibilidad de una especie de reintroducción científica del nombre del padre, que aquí permite el cristianismo, a través de un dios muerto que se introduce como significante.

Pero ya en un segundo tiempo de la interrogación de Lacan sobre el Nombre-del-Padre –que se puede situar a partir de 1963- las referencias no son las mismas, puesto que lo hace a partir del nombre de dios según aparece en el Antiguo Testamento. Lo toma en un diálogo de dios con Moisés, como *un padre que nombra*.

Si el Nuevo Testamento en su momento permite enlazar la problemática del padre a la del nombre, posteriormente Lacan interroga la cuestión del nombre como tal [5],

despojado ya de su virtud de engendramiento, sobre la base del Antiguo. *Es la diferencia entre el padre que engendra y el padre que nombra.*

A su vez, obtiene el significante del “Nombre-del-Padre”: El gesto lacaniano de leer el Edipo como mito, permite ver que lo que está en juego con el padre es de una naturaleza diferente, demostrando el rol central del lenguaje. Si la humanidad está dominada por la primacía del lenguaje (el Otro, el significante), eso quiere decir que el polo paterno ocupa en la estructuración histórica de cada sujeto un lugar análogo.

Esto ya se había presentado en “La significación del falo” (escrito en 1958), donde leemos que el niño va a querer encontrar en ese Otro el significante que lo representaría como sujeto, pero en esta nueva exigencia hay una “tragedia común” que vendrá a impactar tanto al sujeto como al otro: este último no puede brindar un significante semejante. Está desprovisto de él (porque él mismo es, a su vez, sujeto). A ese punto dramático del orden significante, Lacan se apura en hacerlo el resorte del concepto clave de “castración”, en esta súbita sustracción del Otro, el sujeto se desvanece, queda marcado por un fading característico. En esta situación donde el simbólico llega a desfallecer, no queda más recurso que lo Imaginario: instalando entonces el fantasma entre simbólico e imaginario, entre cadena inconsciente y modelo especular. Lo cual tiene una consecuencia característica: un Sujeto fuera de toda “reflexividad” (en ambas acepciones del término) y “sí mismo” (propiedad inalienable de todo el desfiladero de los sujetos de la historia de la filosofía).

Al concebir el fantasma –por medio del cual quiere desde ahora conjugar como nunca antes su sujeto ligado a esta *aphanisis* en su relación con el gran Otro y el nuevo sentido que otorga a su “objeto *petit a*”: El sujeto se hace objeto, sin cesar de ser por ello sujeto, y eso se torna concebible en tanto ambos pertenecen a un mismo estatuto: el **corte**.

Por esta época es menester situar El seminario de La Transferencia (1960-61) como lo que marca el pasaje de la intersubjetividad a la disparidad subjetiva: la transferencia no es un tipo de intersubjetividad sino de disparidad subjetiva. (Recordemos que el título completo que Lacan dio a su seminario fue *La transferencia en su disparidad subjetiva, su presunta situación, sus excursiones técnicas*). El anuncio del Estudio del Banquete, que va a constituir uno de los grandes ejes del seminario, privilegia la **atopía** Socrática, lo que ya alcanza para introducir la **disparidad** anunciada en el título.

La intersubjetividad ¿no es lo más ajeno al encuentro analítico? Esto se plasma en el '61 (Seminario La identificación), es cuando tiene que dar precisiones acerca de su cifrado del falo simbólico, como Φ , que Lacan pone nuevamente a trabajar los lazos entre sujeto y significante, ya planteados en el grafo. Puesto que quiere darle a ese falo simbólico el valor del significante faltante, y como **sujeto nunca es más que un término “relativo”, al estar relacionado con Φ , el sujeto bien merece escribirse: $\$$** . El falo simbólico es signo y significante: hace signo de alguien, y en tanto que ese alguien habrá hablado, y que su palabra habrá recibido un nuevo eco, ese alguien destinado a la carrera de sujeto, se vuelve él también significante, salvo que ese significante es el que falta. Se comprende como **una forma gramatical vacía de yo (je)**, que acoge esa falta instaurada en la batería cuando se vuelve cadena, esa falta de significante esencial de la metonimia que se llama: **Sujeto**

Esto nos lleva a **Descartes, del que Lacan ya había dicho que no era una mala puerta de entrada...** con la salvedad de que toma el “pienso” y el “miento” como homeomorfos (y el “miento” ya trajo infinidad de problemas a los lógicos!). Ej. Del Seminario “La Identificación”: *“tú no sabes que dices la verdad, la dices tan bien sólo en la medida en que crees mentir, y cuando no quieres mentir, es para cuidarte mejor de esa verdad...”* de esa forma lo excluye de cualquier posibilidad de saber acerca de la verdad de lo que dice. Esta súbita disyunción entre el sujeto y el saber traerá una fórmula exitosa: el **Sujeto Supuesto Saber**

Pero por esa misma vía lleva al sujeto cartesiano a la sala de torturas, ya que subraya que el error de Descartes al proferir el Cógito radica en creer que ése es un saber: en decir que sabe algo de esa certeza, en no convertir el yo pienso en un punto de desvanecimiento (en Lacan es sólo un performativo). En eso se apoya la disyunción entre sujeto y saber.

Un paso más en este sentido se da el 7 de febrero de 1968, en “El Acto Analítico”, Lacan pone nuevamente sobre el tapete el cuadrángulo de Peirce (ya lo había hecho en La Identificación). Y en el rectángulo vacío sitúa el lugar del sujeto, lo cual le posibilita descartar de un revés toda la tradición que quiso alojar al sujeto bajo la insignia de la **ousía**, de la sustancia[6], y justificar mejor la fórmula según la cual “el sujeto es lo que un significante representa para otro significante, y lo asocia a lo que él denomina “el giro de la lógica moderna”.

2- La lógica y el sujeto del significante

(Estructuralismo y Cartesianismo de Lacan)

Por otra parte, será con su segunda lectura de la obra saussureana, apoyada en los trabajos de Roman Jakobson, con la que Lacan organizará la dirección de su trayecto sosteniendo una ruptura con la fenomenología y postulando una concepción llamada “antihumanista”, “estructuralista” y “científica” del psicoanálisis. Además, Saussure ya no bastaba para lo que se venía, que era la operación cartesiana; el “cartesianismo” de Lacan.

A partir de 1954 emprendió la tarea de comentar la teoría saussuriana del signo y en 1955 ilustró su postura en el Seminario sobre La Carta Robada[7], donde pretende demostrar lo que ya hemos mencionado anteriormente: que se comprenderá mejor el inconsciente si se considera el funcionamiento de un sistema al que se le supone la menor cantidad posible de propiedades específicas, y como estructura mínima lo llama *cadena*. Considerar un elemento cualquiera sólo por las propiedades mínimas que lo convierten en elemento del sistema es lo que Lacan aísla bajo el nombre de *significante*, lo cual está evidentemente tomado de la lingüística, pero utilizado de manera diferente. La noción de cadena significativa posee dos partes que se copertenecen: no hay más cadena que la cadena de significantes, y no puede haber otra organización de significantes que la organización en cadena. Sobre una cadena significativa sólo pueden ser definidas como relaciones la metáfora y la metonimia. Esto implica que esas relaciones descubiertas en las lenguas no sean propias de las lenguas, sino extensibles a todo tipo de cadenas. De tal modo, si el inconsciente conoce a la metáfora y a la metonimia no es por ser una lengua, sino por estar estructurado.

Para interpretar la segunda tópica freudiana a la luz de la lingüística estructural, Lacan rompe la problemática del signo saussureano. Mientras que Saussure colocaba el significado sobre el significante separando uno de otro con una barra llamada de “significación”, Lacan invierte esa posición. Pone al significado bajo el significante atribuyendo a este último una función primordial. Después, tomando por su cuenta la noción de valor, subraya que toda significación remite a otra significación. Por medio de lo cual deduce la idea de que el significante debía estar aislado del significado, como una letra (o una palabra-símbolo) que estuviera desprovista de significación pero que fuera determinante para el destino inconsciente del sujeto. En el apéndice a “La carta

robada” puede verse como en un sistema cuyos elementos y leyes tienen la menor especificidad posible, emergen regularidades y propiedades... además de emerger **un sujeto**.

Aquí podemos situar un hito fundamental del recorrido que hemos emprendido, ya que es el momento en el cual, desde el estructuralismo de Jakobson, Lacan elabora una **lógica del significante** que incluía una **teoría del sujeto**. La doctrina del inconsciente, en tanto estructurado como un lenguaje, permite pasar de las lenguas al sujeto. De hecho, el estatuto del inconsciente en el curso de un análisis es la relación entre S1 y S2, es el inconsciente en el sentido transferencial. La estrategia decisiva de este sujeto lacaniano es **ser el efecto de un sistema formal**.

En tal sentido, el significante designaría lo que en un elemento lingüístico, no es pasible de lo lingüístico en su especificidad; o sea que las nociones de estructura, cadena, significante, son propiamente antilingüísticas y no se las puede articular con precisión más que apartándose de la lingüística efectiva. Comprender esto es comprender la relación con el estructuralismo.

Se va gestando así lo que luego será “la instancia de la letra en el inconsciente”, realizando la operación que llamará del “algoritmo” (S/s) y que consiste en una formalización que hace posible un cálculo lógico. El algoritmo es un procedimiento de decisión (señalamos la referencia indispensable de lo “indecidable” en Kurt Gödel)[8]. En este algoritmo lo que se acentúa es la preeminencia del significante sobre el significado, pero sobre todo la presencia de la barra que Lacan designará como “resistente a la significación”. O sea que la relación entre el significante y el significado, el pasaje, o la producción de la significación misma, no van de suyo. Diríamos entonces que la función representativa del signo, es decir su propia relación de significación, queda abolida. Esto genera un significante sin significación, o sea un significante que *se precipita* en una letra.

La letra designa la estructura del lenguaje en tanto en ella está implicado el sujeto y esta implicación es fundante de la lógica que se instala. La letra entonces es el soporte material, y Lacan para referirse a ello en “La carta robada”[9] llama *materialidad del significante* a la aptitud del significante para la localización, su relación al lugar, pero una localización que es siempre una falta en su lugar (si es que el lugar debe designar un sitio en la realidad objetiva). Decir que la letra es el soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje quiere decir que el sujeto abreva, en ocasión del acto de

enunciación (que es el acto de la relación con el otro) en el material constituido que el lenguaje le proporciona. Que el sujeto entre en la transindividualidad sólo en la medida en que ya está implicado en el discurso que él mismo sostiene, o sea, él mismo determinado por la instancia de esa materialidad singular que es la letra.

Lacan no se detiene en el lenguaje, lo evoca para dejarlo en el instante en el que se detiene en él. El punto de referencia absoluto no es el lenguaje en sí mismo, sino aquello de lo que en el lenguaje, reducido a su real, hace las veces. Es decir: el sujeto. La propiedad de ese punto de referencia absoluto ha de residir en su atopía, en su capacidad de ocupar un lugar cualquiera en la cadena al que adviene por insistir: **el sujeto del significante.**

A partir de la operación que realiza sobre el signo, este significante se va a comportar de aquí en más como un algoritmo. O sea que ya no es más la otra cara del signo respecto del significado. Su funcionamiento algorítmico es permitir al significante único que soporte el peso de tal funcionamiento, puesto que la significación no debe pasar por el significado (algo así como abrirse una entrada en el significado pero no apoyarse en ningún significado). El algoritmo, según una definición del mismo Lacan, *no tiene ningún sentido*. Esta ausencia de sentido estriba en el funcionamiento autónomo de la cadena algorítmica, concebida como una cadena de “marcas” diferenciales, es decir de marcas que no marcan nada por sí mismas a no ser por las posiciones que ocupen y sus relaciones, por donde se fabrica un sentido.

A estas marcas, las va a reemplazar por el modelo del algoritmo como “agujero”, cuya lógica diferencial determina todo el orden significante. Esto hace de los agujeros del sentido los determinantes del discurso, lo cual muestra que la autonomía del funcionamiento significante está centrada en un agujero, en la falta (Significante de la falta en el Otro)[10].

En la lectura que hace del cuento de Poe, y que once años más tarde servirá de obertura a los Escritos[11], pone el acento en una carta que arrastraba a un sujeto en un recorrido de determinación. Es como una alegoría del significante, que muestra su estructura topológica. A la carta el Prefecto no la encuentra en el espacio métrico a pesar de la desesperada minucia de su búsqueda, y la carta misma ha sido replegada como el dedo de un guante. El agujero se muestra como condición formal de la constitución del sujeto, y es que al haber perdido el signo su referente, ahora su propiedad es la de no referirse más que a un agujero.

El problema aquí, es que Lacan hace un movimiento ontológico, del cual a nuestro entender no se podrá desprender jamás; ni siquiera con la posterior apuesta de la “antifilosofía”. El trazado de este agujero, como lo señalan pertinentemente Lacoue Labarthe y Nancy[12], configura el trayecto de una ontología (que ellos llaman negativa, ya que el centro es un agujero). Una ontología en donde una letra a la que falta el ser, dibuja el borde del agujero en el saber.

De todos modos, lo más evidente por ahora es que este sujeto no es asimilable a un yo y es definido aquí por Lacan como *sujeto del inconsciente*, que sería un sujeto dividido por la ley freudiana de la *Spaltung*. No existe entonces en plenitud, ya que está representado por el significante, lo cual se condice con una depuración radical de la función representativa del significante que introdujo, como ya lo señalamos, en el seminario sobre “La identificación”. Es representado también por una cadena de significantes en la cual el plano del enunciado no se corresponde con el plano de la enunciación. Por la letra donde se sitúa el anclaje del inconsciente en el lenguaje. Entonces: este sujeto está representado por un significante para otro significante en el interior de una cadena o de un conjunto estructural.

No habla solamente, a propósito del inconsciente freudiano, de una primacía de la función simbólica, sino que constituye una verdadera *lógica del significante*: una carta siempre llega a destino, porque la letra (lettre) es a la vez carta y letra, es decir el significante determina el destino del sujeto en sus orientaciones. Dependiendo, en la cadena, de una pura combinación de lugares.

Aunque al volver a asentarnos sobre el sistema formal, que tiene como efecto un sujeto, no parece que podamos contemplar hasta aquí la diferencia sexual, lo cual no podemos pensar que se trate de un asunto menor. Si bien a partir de la caída del objeto, se prepara el paso siguiente.

Atendiendo al hecho de que no hay sujeto sin caída del objeto (letra pequeña “a”), sobre un fondo de pérdida o defecto del goce, aparece el objeto en su función de plus-de-goce. Ese objeto algorítmico sería el grano de arena que raya la maquinaria lógica, imposible de reabsorberse, abre al campo de sus efectos: no hay Otro del Otro, y no hay metalenguaje. Pero además este objeto es imprescindible a la hora de dar cuenta cómo el sujeto organiza su erótica, partiendo del nivel escópico:

a -----> \$

La carta-letra, que siempre llega a destino es también el falo[13]. Aquí podríamos decir que se da el salto del sujeto a la sexuación, cosa que en Lacan nunca se presenta como un pasaje del todo despejado, y tiene sus dificultades considerables (de ahí que hayamos escogido lo del “salto”).

Lo que nos muestra la clínica es que la clave del lazo social es el defecto del goce, una especie de “no saber sexuado”, que siempre tiene como centro el objeto (a). Mas tarde expondrá que el sujeto es a-sexuado. Luego lo fijará finalmente, y lo inscribe, en una función – la función fálica[14]- **para poder asegurarle su lazo con la sexualidad.**

En “La ciencia y la verdad” (1965-66) plantea algo que podría considerarse un principio: “*el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia*” (extraemos para la praxis que no se opera sobre un yo, sino sobre un sujeto) y también, mas adelante afirma que “*hay algún sujeto, distinto de toda forma de individualidad empírica*”; y que “*la ciencia moderna, en tanto ciencia y en tanto moderna, determina un modo de constitución del sujeto*”. O sea que de esa definición de la ciencia Lacan deduce una figura particular del sujeto, y de ella deriva la definición del sujeto de la ciencia: “*el sujeto de la ciencia no es nada salvo el nombre del sujeto, toda vez que, por hipótesis, la ciencia moderna le determina un modo de constitución*”. Al sujeto de la ciencia no le sentarán las marcas cualitativas de la individualidad empírica, ya sea esta psíquica o somática. Tampoco le sentarán las características cualitativas de un alma, no es ni mortal ni inmortal, ni puro ni impuro. Este es el existente que el *Cogito* hace emerger.

El lugar que ocupa el sujeto del significante es un lugar excéntrico con respecto al que ocupa el significado del sujeto, resultado que además respalda con el desfondamiento que le hace sufrir al Cogito: “*Pienso donde no soy, luego soy donde no pienso*” (aunque se sigue sirviendo de él). Esta topología consiste en atribuir al inconsciente la estructura de un lenguaje en el que el yo-sujeto (je) se definía como un *shifter*, según el término empleado por Jakobson, una unidad gramatical o término índice cuya significación es referencia al mensaje. El shifter designa entonces al sujeto de la enunciación sin significarlo.

El resultado de esta operación teórica es un *existente* –en términos de Lacan- *acorde a la ciencia moderna*. Si bien, como señala correctamente Milner[15], Descartes no se detiene aquí y en su meditación segunda se ocupa del pasaje a la conciencia y al

pensamiento cualificado, Lacan nunca se apoya en esa avanzada del Cogito y por todos los medios se dedica a suspender el paso del primer tiempo al segundo. Con este recurso, encierra al Cogito en su enunciación estricta.

Cabe también mencionar dentro de este contexto, el uso que hace de los fundamentos de lógica matemática desarrollados por Frege. Lacan utiliza el razonamiento de Frege para ilustrar el carácter de inclusión interna del sujeto en tanto que éste está, como el cero, ocupando y no ocupando un lugar en la serie de las identificaciones sobre las que se soporta un individuo. Frege, al dar cuenta del lugar que ocupa el cero en la constitución de la serie de los números naturales, formula el concepto de cero tal que “cero es el número que pertenece al concepto: idéntico a cero, pero no idéntico a cero”.

Lo que Lacan valora además en Frege es el procedimiento por el cual la noción de excluido queda articulada como un hecho de estructura y, años más tarde (Seminario XX), volverá sobre esto diciendo: “el término excluido tiene toda su importancia en nuestra topología”. Porque también en ésta, la noción de exclusión es esencial para poder pensar la estructura, en tanto que es por la estructura topológica misma que adquiere sentido el término exclusión. La topología revela el orden geométrico de las posibilidades del significante, se introduce un álgebra que es a la estructura del significante lo que la lógica simbólica anuda con la práctica matemática. Su origen es el agujero.

Tenemos hasta aquí un sujeto que podríamos considerar un sujeto cartesiano, que se reduce a la enunciación, el cual solamente se localiza por el shifter (el cogito es un shifter o un performativo), solidario de lo que podríamos considerar una topología de la exclusión. Por ende también podemos deducir que de alguna manera es incorpóreo, lo cual seguramente no es sin efectos clínicos. Tratemos de concebir, con respecto a la interpretación, los efectos que se van a desprender de estas teorizaciones y veamos un comentario muy interesante de un distinguido ex-analizante suyo, que frecuentaba su diván en esta época de su enseñanza: “...sabemos que Lacan no analizaba el cuerpo. Por eso, hubo muchos de sus alumnos que hicieron *somatizaciones*. Yo soy el ejemplo típico...El psicoanálisis es un asunto de tripas”[16].

Esto es lo que podríamos llamar entonces El “proyecto retórico” de Lacan, la concepción diferencial del significante correlativa del estructuralismo, se sostiene en la sustitución de los significantes (a partir de una pérdida o de un elemento reprimido,

rechazado de la cadena Markoviana[17]). Lo simbólico, en este momento sería la estructura matemática del significante. Lo que vemos en la carta robada, que como ejemplo expone la asociación libre, se demuestra en una estricta determinación, un inconsciente riguroso, que responde a una ley y manifiesta el triunfo de la sintaxis.

3-El parlêtre

Vamos llegando a las postrimerías de los años 60. La estructura del lenguaje comienza a cuestionarse. El lenguaje se presenta como una elucubración de saber sobre la lengua, incluso ahí mismo, en el Seminario XX, dice que *“el inconsciente es un saber, una habilidad, un savoir-faire con la lengua”*[18].

Vemos en este período diversos intentos por hacerle la contra a lo real comprimiendo lo imaginario. Para eso, el simbólico no basta. De ahí los recursos que comienzan a aparecer.

En noviembre del 67, en una conferencia pronunciada en Sainte Anne[19], se refiere a la falta por excelencia (o falla electiva) de la función significante que está precisamente ligada a la imposible confesión, a la articulación del sujeto en tanto se encuentra afectado por un sexo. El “no-hay” es entonces en el sentido de la certidumbre, porque el significante en esta falla no permite al sujeto confesar de qué sexo es. Lo que no se puede confesar se debe a lo fallido simbólico del órgano de la cópula.

Podemos situar aquí un desnivel entre sujeto y subjetividad. La subjetividad se manifiesta en este caso por lo que se sitúa como “la declaración del sexo”. Es decir, no se puede confesar, pero se puede declarar (en relación al acto). Porque el sujeto, en cuanto dice “yo”, no puede decirlo sin que el significante revele el escamoteo simbólico de eso que en lo real es lo más adecuado para probar que hay uno que es macho y otro que es hembra. Este, dirá Lacan en su “Pequeño discurso”, es el gran hallazgo del psicoanálisis.

En la relación sexual, tanto como en la cadena, se acentúa el intervalo. El goce articulado con la castración, se recoge con la letra (como “*godel*”-una tacita- de goce).

Esta letra es esencial, no sólo para dar cuenta de la no-relación, sino para permitir el tratamiento geométrico del goce, que se vendrá con los nudos.

Como el goce se comprime con la pérdida de sentido, la apuesta es por la metonimia y no por la metáfora. Se interrumpe el pasaje a la significación. El punto de almohadillado del primer paradigma le deja su lugar al entramado de los cordeles con

que se fabrican los nudos. **Existe una modificación sustancial con respecto al sujeto de la lógica del significante**, ya que aquí se sostiene una suspensión de la capacidad de representación del significante.

Se despide, más que de Jakobson, de la lingüística y del programa del discurso de Roma de 1953[20], apareciendo ahí mismo la “**lingüistería**”, que es un neologismo forjado por Lacan para delinear su dominio.

El mismo comprende lo que de la definición del lenguaje se desprende en cuanto a la fundación del sujeto, y de su decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, como no perteneciendo al campo de la lingüística. La lingüistería entonces delimita el campo del psicoanálisis, ocupándose de lo que sería el negativo de la lingüística, y de lo que también encuentra en “el basurero de la lógica”: “*...así la referencia por la que yo sitúo lo inconsciente es justamente aquella que a la lingüística escapa*”[21]. Habrá que comenzar a diferenciar a partir de esto a la letra derivada de la teoría del significante tal como la hemos venido siguiendo hasta aquí, de esta letra que estamos viendo surgir desde que se comienza a plantear la no-relación, que es correlativa de los axiomas de separación [22] y puede considerarse un objeto teórico autónomo.

El proyecto retórico de Lacan parece ahora girar hacia un proyecto estético. La matemática que pueden ofrecer los nudos no es para tomarse en serio. De los “Escritos” a “Encore”[23] se cambia de topología. De la superficie al nudo, o del corte a la función negativa del corte, o del sujeto del significante al sujeto del goce. Que Lacan llamará **parlêtre**. [24]

Vemos aquí en acto lo que se dejaba presentir sobre el avance metonímico y sus efectos de onomatopoyesis. El neologismo parlêtre es el que va a dar cuenta del sujeto que habitará en el nudo borromeo. Los neologismos proliferan, a la manera de un fenómeno de código. No es inocente. Sabemos que un psicótico no necesita un psicoanalista, él hace muy bien su trabajo sólo. Los fenómenos de código y de mensaje constituyen (entre otras) operaciones muy claras en los efectos de suplencia de los que se sirve el psicótico para “tratarse” sólo de ese inconsciente a cielo abierto que lo enloquece. Son parte del trabajo que realiza habitualmente para intentar suplir una relación con la lengua que lo mantiene exiliado. Cuando logra una suplencia, o sea, un encadenamiento con el discurso, el sentido no interesa.

En el nudo borromeo, **por la *dicho-mænsión*, habita este nuevo sujeto que Lacan denomina parlêtre**. Que es para nosotros la versión del sujeto con la que se propicia trabajar en el encuadre, así como también nos quedamos con el concepto de la lengua. Tratar lo que se dice en términos de significante – significado es una parcialidad. Nos quedamos con **lalengua** porque toca lo real y es la que da cuenta del significante en su gozo-sentido.

Todo esto está plagado de consecuencias clínicas porque cambia la concepción del sujeto, que ya no será significado dentro de una cadena, que como recordamos lo señalado en la primera parte era asociada al *cógito* cartesiano y era incorpóreo, sino que la introducción del nudo es correlativa del pensamiento del cuerpo, por ende del goce. Un cuerpo se define por el goce. El parlêtre conserva en su juego de significaciones la dualidad de *ser* hablante (ontológico) y *hablente* (óptico).

Se advierte la influencia del pensamiento heideggeriano. En “La tercera”[25] el movimiento es evidente. Las ironías sobre Descartes, del que Lacan dirá que por hablar, está despistado; la última versión de “su” *cógito* “pienso luego gózase”, y el “yo gosoy” acentúan el desprecio por el pensamiento como hecho positivo –siempre guiado por el sentido, por ende, imaginario- y le dan paso al *Dasein* que se convierte en el sujeto en el nudo. Señala que en el “pienso luego soy” hay un error profundo y es suponer que el pensamiento hace extensión (*res extensa*), proponiendo en cambio abordar la extensión, que es el espacio, a saber, las tres dimensiones, por la vía del nudo. **Una topología del ser, una localización “ahí” del ser, en el nudo.**

4-El sujeto afectado de inconsciente

Del sujeto al L.O.M. (*l’homme*).

En “La Tercera” se jacta de hacerle decir a una palabra prácticamente lo que se le antoje, a pesar del diccionario. Leemos entonces en Lacan un esfuerzo por *salir del sistema de la significación*. Así como en la psicosis se hace funcionar el lenguaje sin esa inscripción primordial, sin esa matriz simbólica, aquí se pone en juego poder hacer saltar esa matriz, un forzamiento que permita conservar de ella solamente un índice. Y podemos pensar que es fundamentalmente para dar cuenta del efecto de goce.

La topología como posibilidades geométricas del significante se va comprimiendo en una tópica de S1.

Este significante ya no sirve para la comunicación. Ya no se toca lo real como imposible, sino como agujereado. Justamente es lo que muestra el nudo en las tres dimensiones. Lacan dice que el inconsciente está allí dibujado como en filigrana, el inconsciente como real. Lo cual da, además, la idea de los agujeros del cuerpo en relación al goce, recordemos que el parlêtre tiene cuerpo. En esta antilingüística que oculta la doctrina del significante tal como la habíamos visto desarrollarse y comienza a exhibir una doctrina de la homofonía, el significante sirve para la satisfacción. **El sujeto del significante ya no es tal, sino más pertinentemente podemos situarlo a este parlêtre como sujeto del goce.**

En tal sentido, se ha ubicado del lado del efecto de significación al goce, de tal modo que se podría pensar el concepto de gozante y gozado en lugar de significante y significado.

Reparemos además en que el esfuerzo por salir del sistema de la significación para dar cuenta del efecto de goce desemboca en el nudo, lo cual asimismo implica la sustitución de la determinación simbólica del sujeto, por un cifrado a partir de los tres registros real – simbólico – imaginario, es decir, por algo que **ya no es más la representación de un significante para otro significante.**

En el seminario XIX “...O Peor”, en la clase del 9 de febrero del 72, Lacan menciona a Wittgenstein señalando su “ascetismo admirable” sobre lo que no puede decirse, y asociándolo a la problemática del objeto, con respecto al “no es eso”. Veamos:

“Wittgenstein, durante toda su vida, con un ascetismo admirable, ha enunciado esto que yo concentro: lo que no puede decirse, y bien, no hablemos de esto. Por medio de lo cual no podía decir casi nada, a cada momento descendía a la acera y estaba en la zanja, es decir que subía de nuevo sobre la acera, la acera definida por esta exigencia”[26]

En esta ascesis, el nudo se va mostrando cada vez más acompañado del silencio, ya que para Lacan en este momento el decir -que no es la voz- está directamente relacionado con el silencio. Da la impresión que el intento de Lacan es “mostrar” que no se escoge el silencio como significante, ya que la letra no es el significante. La letra anuda lo real, lo simbólico y lo imaginario. El nudo borromeo es aquí una escritura. Es una escritura en la que no se nota la palabra, en tanto que la palabra se modula en la voz.

Cuando la presentación del nudo se parece a una letra, la frontera se desvanece. Del espacio topológico no queda nada. Es algo del orden del rasgo unario, del dibujo, o de **esta escritura que ya no viene del significante**, hecha “*con dos rectas infinitas y algo circular*”. Es con esta idea topológica que se recoge la instancia de la letra en la instancia del nudo. El “discurso sin palabras” que se anunciaba en el ‘68 como la avanzada del proyecto estructuralista, toma una forma radical que rompe no sólo con el lugar de los enunciados sino más aún, con el mismo significante.

Pero como **siempre estamos en el terreno del significante**, el recurso que va a emplear es **cortar en el par ordenado**, lo cual tiene el correlato clínico siguiente: Si el goce es inevitable puesto que no hay relación sexual, y el cuerpo parlante reproduce su goce mediante el significante, que ya no es concebido para la significación sino para la satisfacción, lo que se trata de interrumpir es el par ordenado en sí mismo.

Si como decía Lacan en “Televisión” el síntoma es un nudo de significantes, aquí **la función negativa del corte significa que en esta topología el corte deshace el nudo**. El efecto de la interpretación es un instante de desanudamiento. Lo cual es correlativo con la interpretación como corte **en** el significante y su gozo-sentido.

Esto condice con lo que denominaríamos **la última versión del sujeto en Lacan, el LOM** (se subraya la homofonía con l’homme, en francés). Siempre habita en el escrito. Es el individuo afectado de inconsciente. Este sujeto *enuncia su propia escritura*.

Aquí la clínica se concibe como la operación del síntoma. El analizante ya no se define por un deseo (o por su sentido). Se define por un síntoma (pasamos del mensaje al acontecimiento del cuerpo). De hecho, el sujeto con el que nos encontramos desde los años setenta y que puntualmente es denominado por Lacan como “individuo afectado de inconsciente” -desde el ‘75 aparece como LOM- dan la impresión de ser pergeñados estrictamente para concebir el fin de análisis. Así como aparecen en la última etapa de la enseñanza, también parecen ser el formato del sujeto correlativo de un modo de intervención particular, propia de los últimos momentos de un análisis.

Reflexiones Finales

En un intento de conclusión, podemos advertir que existe una estrecha relación en lo que denominábamos al comienzo como “la estrategia del sujeto” y la posibilidad de

llevar a cabo un análisis. Además de reconocer los préstamos que en esa estrategia de construcción de su sujeto, Lacan toma de otros discursos, no necesariamente clínicos.

En tal sentido, encuentro que la particular atracción de Lacan por Joyce, en mi opinión no tiene tanto que ver con si Joyce estaba o no estaba loco, sino mas bien con la posibilidad de teorizar el sujeto del fin de análisis (aunque la pregunta sobre la locura de Joyce es muy operativa precisamente para este fin).

Un desabonado del inconsciente. Desligado de la elucubración de saber propia del inconsciente, en tanto se encuentra identificado al síntoma (“Joyce El Síntoma”) es un sujeto que se despega del discurso del Otro, reduciendo el goce de la lengua al S1. Un sujeto con un síntoma como sinthome del Uno, que ya no es comunicable.

Este sujeto, que **enuncia su propia escritura**, ya no espera el S2. Por lo tanto, tampoco espera ya nada de su analista (Cae el S.S.S.).

El individuo afectado de inconsciente, dentro del encuadre, se soporta en la suposición -S2-. A veces, y esto da cuenta de la transferencia, este S2 es un analista de carne y hueso. Pura suposición, ya que si el analista aporta el S2, lo que hace es delirar con el paciente al ocupar la posición del supuesto saber del Otro. El Psicoanálisis en Lacan es finalmente S1. Esta es la vía por la cual cae un analista como un desecho de goce, o como un goce des-hecho.

La cuestión que merece ser al menos introducida en este epílogo, implica los avatares del cuerpo sexuado, o más precisamente, qué sucede con este cruce de cuerpos en la posibilidad del fin de análisis, ya que el matema de la transferencia no da cuenta del sexo –el S.S.S. no es sexuado.

Y por otra parte, o quizás por la misma, si tenemos en cuenta que la diferencia sexual se traduce en las posiciones fantasmáticas, en la subjetividad; y que las relaciones con la función fálica, con los semblantes, son distintas ¿podemos pensar en el fin de análisis como algo unívoco? ¿El fin de análisis?

Referencias

- 1-Afirmación de Lacan en “De nuestros Antecedentes”, Escritos I, Ed. Cast. Pag.62.
- 2-J. Lacan, “El Seminario” -Libro 3- “Las Psicosis” (1955-56), Ed. Cast. pág. 212
- 3-Op. cit., pág. 215.
- 4-J Lacan, “Escritos II”, pág. 538.

5-Lacan se sirve ahora del Antiguo Testamento: “El nombre de este dios no es más que *El Nombre*, que se dice *Shem*.” (fragmento que aparece en el Seminario de Los Nombres del Padre, Ed Cast. Pág 90).

También en el mismo Seminario, una referencia del dios que habla en la zarza ardiente: “*Cuando vayas hacia ellos, les dirás que me llamo Ehyeh acher ehyeh, Soy el que soy.*” Ed Cast. Pág. 91

6-Aristóteles distingue cuatro modos de significar esta palabra: “*ousía* [realidad] se dice [*leguetai*], si no de más, principalmente de cuatro maneras. En efecto, tanto lo-que-es, como el universal y el género comúnmente se admite que son *ousía* [realidades] de cada cosa, y, en cuarto lugar, el sujeto [*hypokeimenon*]”. Ahora bien: “‘sujeto’ [*hypokeimenon*] es aquello de lo que todo lo demás se dice, pero que él mismo jamás se dice de otra cosa. Tendremos pues, que comenzar ocupándonos de él, ya que suele considerarse que *ousía* es ante todo y en primer término el *hypokeimenon*” (*Metafísica*, 1028 b 33).

7-Escritos I. Págs. 5-55.

8-Gödel, K. “Sobre proposiciones formalmente indecidibles de los *Principia Matemática* y otros afines.” Ed. KRK. (2006)

9- “Lettre” en francés significa tanto carta como letra.

10-Al aparecer el Otro con mayúscula como “A tachado” se distingue definitivamente del Otro hegeliano, al que nos referimos anteriormente como raíz del concepto de Otro en Lacan.

11-Jacques Derrida hace una crítica exhaustiva de la lectura lacaniana de la Carta Robada. El principal gesto de lectura aparenta ser poner en entredicho varias tesis lacanianas a partir de las cuales Lacan arma su sistema (Derrida lo lee como sistema), justamente por ser indemostrables. Reprochándole que la posición desde donde Lacan lee, lo sitúa como el Amo del sentido; Derrida parece por momentos situarse en el reverso de Lacan. Si bien consideramos que la crítica extrae buena parte de la lógica de sus razones en una lectura sesgada, que se limita hasta la firma de su autor, en San Casiano, soslayando la última parte del texto de Lacan. Derrida, J. “El cartero de la verdad” en el libro “La tarjeta postal. De Sócrates a Freud”, Págs 387-466, Ed. Siglo XXI.

12-“El Título de la letra” Ed. Cast. Pág. 151.

13-Tesis “falocéntrica” desde donde Lacan extrae varios efectos acerca del semantismo, del sentido. También de la verdad como única, que se sitúa en el trayecto propio y en el destino de la carta. La atomística de la letra, que no soporta la partición (cosa que Derrida cuestiona profundamente en “El cartero...”).

14-Esa promoción del falo al firmamento de la **referencia** general nos dice todo sobre su función, y nada acerca de lo que es, si “es” alguna cosa.

15-J.C. Milner, “La obra clara”, pág. 42.

16-Francois Perrier, “Viajes extraordinarios por Translacania”, Ed. Cast. pág. 97

17-Una cadena de Markov – que recibe su nombre del matemático ruso Andrei Markov- es una serie de eventos en la cual la probabilidad de que un evento ocurra, depende del evento inmediato anterior. Este tipo de cadena tiene una especie de memoria, ya que “recuerdan” los eventos anteriores y esto condiciona las posibilidades de los eventos futuros.

18-Seminario XX, Ed cast. Pág. 167. Paidós.

19-“Pequeño discurso a los psiquiatras”, 1967, inédito en versión oficial. Utilizamos la versión publicada en la revista de la escuela lacaniana de psicoanálisis “Littoral”, del número titulado “La declaración de sexo” (introducción).

20-Ya anteriormente, en 1968, en ocasión del seminario XVI, “De un otro al otro”, aparece una referencia por demás de elocuente: “...He aquí este sujeto eximido de sostener lo que él

enuncia. ¿De este modo llegará a esa pureza de la palabra, a **esa palabra plena de la que hablé en tiempos de evangelización**? ¿A quién estaba dirigido el “Discurso de Roma” sino a las orejas más cerradas para escucharlo? -“De un Otro al otro”, Paidós, pág. 19. (El subrayado es nuestro).

21-El Atolondradicho. Scilicet 1973.

22-Recordamos los axiomas de vecindad básica de Hausdorff. Nos interesa señalar este punto para enmarcar la referencia de los axiomas de separación, también llamados espacios T2.

23-Nombre original en francés del seminario “Aún”. Lacan se va a servir del juego homofónico del significante “Encore” para dar cuenta del “aún” y del “encuerpo”.

24-Condensación en francés de los términos “parler” (hablar) y “éter” (ser). Como no existe en español una traducción que consideremos lo suficientemente eficaz para dar cuenta de las resonancias del término original, utilizaremos directamente el vocablo francés.

25-Tercer discurso de Lacan en Roma, año 1974.

26-Seminario XIX “...Ou Pire”. Inédito. Edición de “Versión Integra” basada en el texto establecido por la Escuela Freudiana de Bs. As. Pág. 55